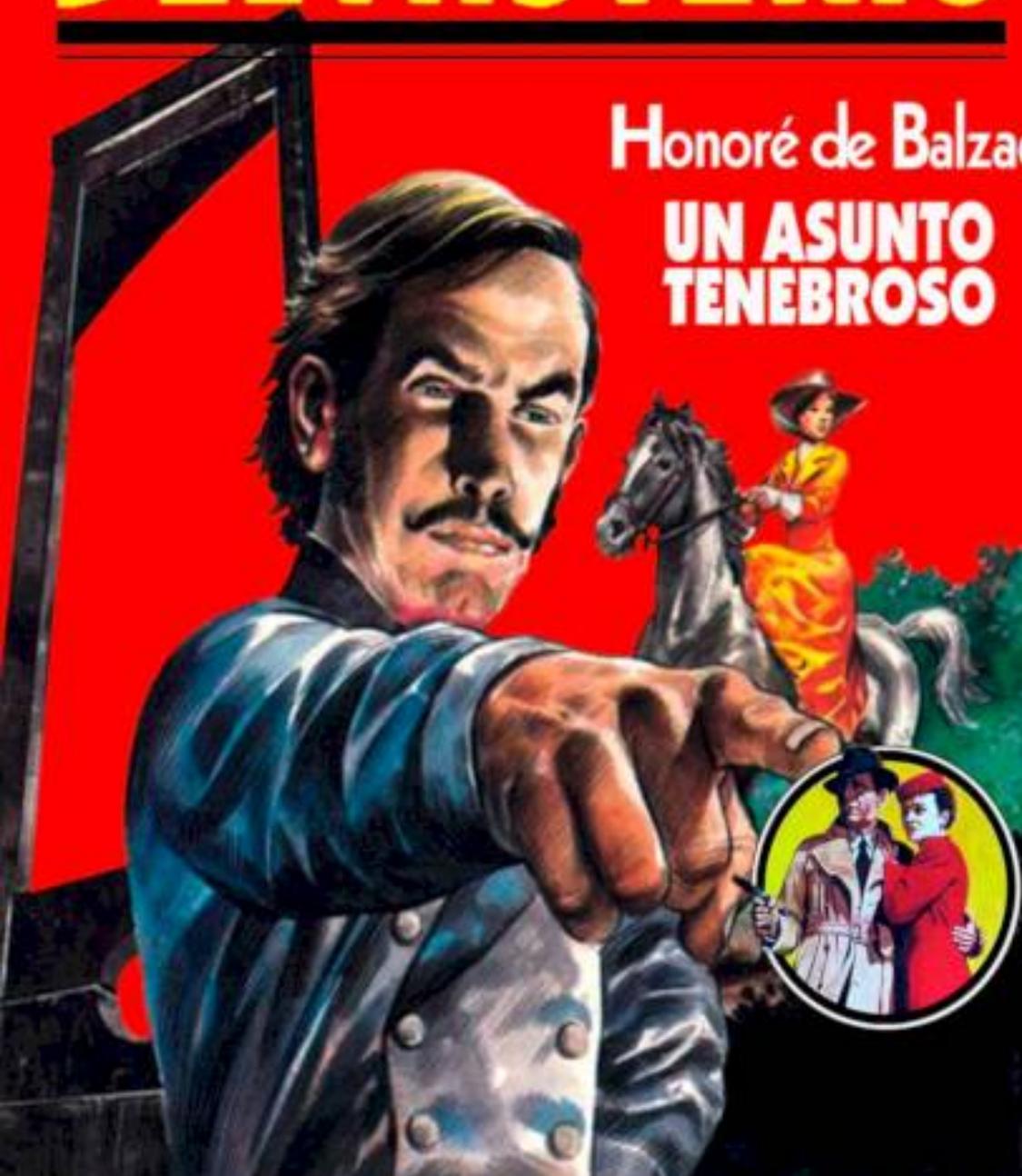


# Club DEL MISTERIO

Honoré de Balzac

UN ASUNTO  
TENEBROSO



Un intento de asesinato, una conspiración política, un policía vengativo, un político oportunista... Un relato de acción trepidante y con un suspense que tiene como excepcionales protagonistas a Napoleón Bonaparte, a Fouché, a Talleyrand, a Condé... y como comparsas a los verdaderos héroes de la novela. Y por encima de todo simplemente, Balzac.

*A Monsieur de Margone, su huésped  
del castillo de Sache, agradecido,*  
DE BALZAC

## 1. Las desazones de la Policía

El otoño del año 1803 fue uno de los más hermosos del primer período de ese siglo que llamamos el Imperio. Algunas lluvias refrescaron en octubre los campos, los árboles seguían aún verdes y con hoja ya mediado noviembre. Así que el pueblo empezaba a establecer entre el cielo y Bonaparte, proclamado entonces cónsul de por vida, una inteligencia a la que debió uno de sus prestigios y, ¡cosa rara!, el día que, en 1812, faltóle el sol, cesaron sus éxitos. El 15 de noviembre de ese año, a eso de las cuatro de la tarde, lanzaba el sol un como pulverío rojo sobre las copas centenarias de cuatro hileras de olmos de una larga alameda señorial; y brillantaba la arena y los matojos de una de esas inmensas plazoletas, que se encuentran en esos campos donde la tierra era antaño harto poco costosa como para poder sacrificarla al ornato. Era el aire tan puro, tan suave el ambiente, que las familias tomaban entonces el fresco lo mismo que en verano.

Un hombre, que vestía chaqueta de cazador de dril verde, con botones del mismo color, y se tocaba con una gorra de la misma tela, calzaba zapatos de suela fina y llevaba grebas de dril hasta la rodilla, estaba limpiando una carabina con ese cuidado que en tal operación ponen los buenos cazadores en sus ratos de ocio. No llevaba aquel hombre morral ni canana ni ninguno de esos arreos que anuncian la salida para la caza o la vuelta de ella, y dos mujeres, sentadas a su lado, mirábanlo y parecían poseídas de mal disimulado terror. Cualquiera que hubiese podido contemplar

la escena oculto en un matorral, se habría, sin duda, estremecido como se estremecían la vieja suegra y la mujer de aquel hombre. Indudablemente, ningún cazador toma tan minuciosas precauciones para matar alimañas, ni emplea en el departamento del Aube una pesada carabina rayada.

—¿Es que vas a matar rebecos, Michu? —díjole su joven esposa, tratando de adoptar un aire jocoso.

Antes de responder, examinó Michu a su perro, que tumbado al sol, extendidas las patas delanteras y el hocico entre las patas, en esa simpática actitud de los perros de caza, acababa de alzar la cabeza y venteaba alternativamente, alargando el hocico, la alameda de un cuarto de legua de larga y un atajo que desembocaba a la izquierda, en la glorieta.

—No —respondió Michu—, sino a un monstruo que no quiero marrar; un lobo cerval —en esto gruñó el perro, un podenco magnífico, de piel blanca, salpicada de pintas oscuras—. ¡Bueno! —dijo Michu hablando solo—. Esbirros. Hormiguan por todo el país.

*Madame Michu* levantó condolida los ojos al cielo. Hermosa rubia de ojos azules, formada como una estatua clásica, ensimismada y absorta, parecía consumida por un pesar negro y amargo. El aspecto del marido podía explicar hasta cierto punto el terror de ambas mujeres. Las leyes fisionómicas son exactas, no sólo en su aplicación al carácter, sino también en relación con la fatalidad de la existencia. Hay fisionomías proféticas. Si posible fuere, y diz que esta estadística viviente interesa a la sociedad, poseer un dibujó exacto de los que mueren en el patíbulo, la ciencia de Lavater y de Gall probaría victoriosamente que en las caras de todos esos individuos, aun de los inocentes, había signos extraños. Sí; la fatalidad estampa su sello en los rostros de quienes han de morir de una muerte violenta, sea la que fuere.

Pues bien: ese sello, visible a los ojos del observador, llevábalo impreso en su expresivo semblante el hombre de

la carabina. Bajo y rechoncho, vivaracho y ágil como un mi-co, aunque de carácter apacible, tenía Michu una cara blanca, inyectada en sangre, recogida como la de un calmuco y a la que el pelo rojo, rufo, daba una expresión siniestra. Sus ojos, amarillos y claros, mostraban, cual los de los tigres, una hondura interior, en la que iba a perderse la mirada del observador, sin en ella encontrar calor ni movimiento. Fijos, luminosos y rígidos, aquellos ojos acababan por infundir miedo. La oposición constante entre la inmovilidad de los ojos y la vivacidad del cuerpo agravaba todavía más la glacial impresión que a primera vista hacía Michu. Siempre apercebida en aquel hombre, la acción debía estar al servicio de un pensamiento único, de igual modo que en los animales la vida carece de reflexión y está al servicio de los instintos.

Desde 1793 habíase dejado la pelirroja barba en forma de abanico. Aunque no hubiere sido bajo el Terror presidente de un club de Jacobinos, esa sola particularidad de su cara lo habría hecho terrible de ver. Aquella faz socrática de chata nariz remataba en una frente hermosísima; pero tan preñada, que parecía caer a plomo sobre el rostro. Las orejas, muy despegadas, poseían una suerte de movilidad, como la de las fieras, siempre alerta. Entornada la boca, por una costumbre harto frecuente entre los campesinos, dejaba ver unos dientes fuertes y blancos, como almendras, pero mal colocados.

Unas patillas, tupidas y lustrosas, ponían marco a aquella cara blanca y a trechos violácea. El pelo cortado al rape por delante, y largo en los carrillos y la nuca, hacía resaltar perfectamente, por su rojez leonada, todo cuanto aquel rostro tenía de extraño y de fatal. Corto y gordo el cogote, era una tentación para la cuchilla de la ley. En aquel momento el sol, que cogía de refilón al grupo, iluminaba de lleno aquellas tres cabezas que, de cuando en cuando, miraba el podenco. Desarrollábase por cierto la escena en un teatro magnífico.

Cae la dicha glorieta al extremo del parque de Gondreville, una de las heredades más ricas de Francia, y sin discusión una de las más bellas del departamento del Aube; magníficas avenidas de olmos, un castillo edificado con arreglo a los planos de Mansard, un parque de mil quinientas hanegadas de tierra, cercado de tapias, nueve grandes cortijos, un bosque, molinos y prados. Aquella finca, poco menos que regia, pertenecía, antes de la Revolución a la familia Simeuse. Ximeuse es un feudo sito en Lorena. Su nombre se pronunciaba Simeuse y acabaron escribiéndolo como lo pronunciaban.

Los grandes caudales de los Simeuse, nobles afectos a la casa de Borgoña, datan de los tiempos en que los Guisa amenazaban a los Valois. Richelieu primero y Luis XIV después se acordaron de la lealtad de los Simeuse a la facciosa casa de Lorena, y los postergaron.

El marqués de Simeuse de entonces, un viejo borgoñón, antiguo partidario de los Guisa, antiguo liguero, antiguo frondista (había heredado los cuatro grandes rencores de la nobleza contra los reyes), fuese a vivir a Cinq-Cygne. Aquel cortesano, echado del Louvre, casó con la viuda del conde de Cinq-Cygne, la rama segundona de la famosa casa de Chargeboeuf, una de las más ilustres del viejo condado de Champaña, pero que se hizo tan célebre como la primogénita y más opulenta. El marqués, uno de los hombres más ricos de aquel tiempo, en vez de arruinarse en la Corte, edificó Gondreville, ordenó sus predios y les incorporó otras tierras con el solo fin de procurarse una buena caza. Levantó también en Troyes el hotel de Simeuse, a poca distancia del hotel de Cinq-Cygne.

Esas dos viejas casonas, con el Obispado, fueron mucho tiempo las únicas que en Troyes había labradas en piedra. El marqués vendióle Simeuse al duque de Lorena. Su hijo derrochó sus economías y lo poco que de aquel patrimonio quedara en tiempos de Luis XV; pero aquel hijo llegó a ser primero jefe de escuadra, luego vicealmirante y reparó las

locuras de su mocedad con brillantes servicios. El marqués de Simeuse, hijo de aquel marino, pereció en la guillotina en Troyes, dejando dos mellizos, que emigraron y que a la sazón se hallaban en el extranjero, siguiendo la suerte de la casa de Condé.

Aquella glorieta había sido en otro tiempo el lugar de cita para las cacerías del Gran marqués. Llamaba así la familia al Simeuse que había edificado Gondreville. Desde 1789, vivía Michu en aquella glorieta, sita en el interior del parque, labrada en tiempos de Luis XIV y llamada el Pabellón de Cinq-Cygne. La aldea de Cinq-Cygne cae al extremo del bosque de Nodemesme (corrupción de Notre-Dame), a la que conduce la avenida con cuatro hileras de olmos, en que «Couraut» husmaba esbirros. Desde la muerte del Gran marqués, tenían completamente abandonada la glorieta. El vicealmirante frecuentaba mucho más el mar y la Corte que la Champaña y su hijo cedióle aquel pabellón medio ruinoso como vivienda a Michu.

Ese noble edificio de adobe muestra adornos de piedra vermiculada en las esquinas, puertas y ventanas. A cada uno de sus lados ábrese una verja de bella labor de forja, pero roída de orín. Tras la verja extiéndese un ancho y profundo foso, del que arrancan recios árboles, cuyos parapetos están erizados de arabescos de hierro que muestran sus innumerables púas a los malhechores.

No empiezan las tapias del parque sino más allá de la circunferencia marcada por la glorieta. Fuera dibujan la magnífica media luna unos taludes plantados de olmos, de igual modo que la que le corresponde en el parque formanla macizos de árboles exóticos. Así que el pabellón ocupa el centro de la glorieta, trazado por esas dos herraduras. De las antiguas salas de la planta baja había hecho Michu cuadra, establo, cocina y leñera. El único vestigio del antiguo esplendor es una antesala, enlosada de baldosas de mármol blancas y negras, a la que da acceso, por la parte del parque, una de esas puertas-ventanas con cristalitos,

como las que había aún en Versalles, antes que Luis Felipe lo convirtiera en hospital de las glorias de Francia.

Aquel pabellón por dentro pártelo en dos una vieja escalera de madera gastada, pero llena de carácter, que lleva al primer piso, donde hay cinco habitaciones, algo bajas de techo. Por encima se extiende un inmenso desván. Tiene por montera ese venerable edificio uno de esos grandes tejados de cuatro vertientes, cuya arista adornan dos ramilletes de plomo y horadan cuatro de esos ojos de buey tan gratos, y con razón, a Mansard; porque en Francia el ático y los tejados planos, a la italiana, son un absurdo contra el que el clima protesta. Allí guardaba Michu su forraje. Toda la parte del parque que circunda ese viejo pabellón está dispuesto a la inglesa. A cien pasos, un exlago, reducido ahora a simple estanque bien poblado de peces, da fe de su presencia, tanto por el croar de mil ranas, sapos y demás anfibios, locuaces al ponerse el sol. La vetustez de las cosas, el profundo silencio de los bosques, la perspectiva de la alameda, la selva a lo lejos, mil pormenores, los hierros tomados de orín, las moles de piedra avellutadas por el musgo, todo eso imprime poesía a ese edificio que todavía subsiste.

En el momento en que comienza esta historia, estaba recostado Michu en uno de los musgosos pretils, t sobre el que se veían su frasco de pólvora, su gorro, su pañuelo, un destornillador, unos trapajos y, en una palabra, todos los utensilios necesarios para su sospechosa operación. La silla de su mujer estaba adosada a un lado de la puerta exterior del pabellón, sobre la que aún subsistían las armas de los Simeuse con este bello lema: *Si meurs!* (Aquí muelo!)... La madre, vestida a lo rústico, había puesto su silla delante de *madame* Michu para que ésta tuviera sus pies, al recaudo de la humedad, sobre uno de los palos.

—¿Está por ahí el chico? —preguntóle Michu a su consorte.

—Anda dando vueltas por alrededor del estanque... Se vuelve loco por las ranas y los insectos... —respondió la madre.

Silbó Michu de un modo como para que cualquiera diese un respingo. La prontitud con que acudió su hijo demostraba el despotismo ejercido por el administrador de Gondreville. Desde 1789, pero, sobre todo, desde 1793, era Michu poco menos que el amo de aquella finca. El terror que les inspiraba a su mujer, su suegra, a un criadito llamado Gaucher y a una criada llamada Mariana, compartíanlo todos en diez leguas a la redonda. Acaso no convenga demorar demasiado la exposición de las razones de aquel sentimiento que, de otra parte, completarán en lo moral el retrato de Michu.

Deshiciérase de sus bienes en 1790 el viejo marqués de Simeuse; pero habiéndosele adelantado los acontecimientos, no pudo poner en manos fieles su hermosa finca de Gondreville. Acusados de cartearse con el duque de Brunswick y el príncipe de Cobourg, el marqués de Simeuse y su esposa fueron encarcelados y condenados a muerte por el tribunal revolucionario de Troyes, que presidía el padre de Marta. Así que vendieron como bien nacional aquel hermoso predio. Cuando la ejecución de los marqueses, todos notaron, no sin cierto horror, la presencia del guarda general de la finca de Gondreville, que, convertido en presidente del club de los Jacobinos de Arcis, había ido a Troyes para presenciarla. Hijo de un triste gañán y huérfano por añadidura, Michu, colmado de beneficios por la marquesa, a la que debía su plaza de guarda general, después de haberlo hecho criar en el castillo, miráronlo los exaltados cual un nuevo Bruto, pero todos los vecinos de la marca le volvieron la espalda a raíz de aquel rasgo de ingratitud. El comprador de la finca fue un individuo de Arcis, llamado Marión, nieto de un intendente de la casa de Simeuse.

Aquel sujeto, abogado antes y después de la Revolución, cobróle miedo al guarda, nombrólo su administrador

con tres mil libras de gajes y un tanto por ciento en las ventas. Michu, que pasaba ya por poseedor de una docena de miles de francos, casó, protegido por su fama de patriota, con la hija de un curtidor de Troyes, el apóstol de la Revolución en aquella localidad, donde presidiera el tribunal revolucionario. El tal curtidor, hombre de convicciones, que en el carácter se parecía a Saint-Just, encontróse complicado más tarde en la conspiración de Baboeuf y se suicidó para librarse de la guillotina. Era Marta la chica más guapa de Troyes. Así que, pese a su patética modestia, obligárala su terrible padre a hacer de diosa de la Libertad en una ceremonia republicana. En siete años no apareció tres veces por Gondreville el comprador. Había sido su abuelo el intendente de los Simeuse y todo Arcis dio por seguro que Marión era un testaferrero de dicha familia. En tanto duró el Terror, el administrador de Gondreville, patriota probado, yerno del presidente del tribunal revolucionario de Troyes, mimado por Malin (del Aube), uno de los representantes del departamento, vióse objeto de una suerte de respeto.

Pero cuando cayó vencida la Montaña y se suicidó su suegro, vino a ser Michu un chivo expiatorio; todos se dieron prisa a imputarles a él y a su suegro actos a los que había sido ajeno. Afrontó el administrador la injusticia de la gente; se endureció y adoptó una actitud hostil. Volviese atrevido de boquilla. Pero desde el 18 de Brumario guardaba ese profundo silencio que es la filosofía de los fuertes; no luchaba ya con la opinión general: se contentaba con obrar; esa sabia conducta hizo que lo mirasen como un cuco, pues poseía en tierras un capital de unos cien mil francos. En primer lugar, no gastaba nada; y además, ese dinero viniérale legítimamente, ya de la herencia de su suegro, ya de los seis mil francos que al año le producía su cargo, en gajes y provechos.

No obstante llevar doce años de administrador, y por más que cualquiera pudiese echar la cuenta de sus economías, cuando, en los albores del Consulado, compró un

cortijo de cincuenta mil francos, surgieron acusaciones contra el antiguo montañés, y los de Arcis le atribuyeron la intención de querer recobrar la estimación de antaño, acumulando un gran capital. Por desgracia, en el momento en que todos lo olvidaban, un estúpido lance envenenado por los cotilleos de los campos recrudesció la general creencia sobre la ferocidad de su carácter.

Cierta noche, al salir de Troyes en compañía de unos lugareños, entre los cuales figuraba el cortijero de Cinq-Cygne, hubo de caérsele un papel en la carretera; y aquel cortijero, que iba el último, se agachó y lo recogió del suelo: volvióse Michu y lo mismo fue ver el papel en manos de aquel individuo que tirar de la pistola que llevaba al cinto, cargarla y amenazar al cortijero, que sabía leer, con volarle los sesos si desdoblaba el papelito. Fue tan rápido y violento el gesto de Michu, tan terrible el tono de su voz y tal fuego echaba por los ojos, que todos se intimidaron. El cortijero de Cinq-Cygne era, naturalmente, un enemigo de Michu. *Mademoiselle* de Cinq-Cygne, prima de los Simeuse, no tenía más bienes de fortuna que un cortijo y habitaba en su castillo de Cinq-Cygne. Sólo vivía para sus primos, los mellizos, con los que jugara de niña en Troyes y en Gondreville.

Su único hermano, Julio de Cinq-Cygne, emigrado antes que los Simeuse, había muerto ante Maguncia; pero por un privilegio hartamente raro, y del que más adelante se hablará, no se extinguía el nombre de Cinq-Cygne por falta de varones. Aquel incidente entre Michu y el cortijero de Cinq-Cygne armó mucho ruido en el distrito y ensombreció los tonos, ya de por sí misteriosos, que a Michu entenebrecían; pero no fue aquella la única circunstancia que lo hizo temible. Meses después de aquella escena, el ciudadano Marión estuvo con el ciudadano Malin en Gondreville. Corrió el rumor de que Marión iba a venderle su tierra a aquel hombre, al que los acontecimientos políticos habían favorecido y el Primer cónsul acababa de nombrar consejero de

Estado, como recompensa a sus servicios el 18 de Brumario. Adivinaron entonces los políticos del lugarejo de Arcis que Marión había sido el testaferro del ciudadano Malin y no de los señores de Simeuse.

El omnipotente consejero de Estado era el más encopetado personaje de Arcis. Había enviado a uno de sus amigos políticos a la Prefectura de Troyes, librado de las quintas al hijo de un colono de Gondreville, llamado Beauvisage, y hacía favores a todo el mundo. Así que aquel asunto no había de encontrar oposición en el país donde Malin reinaba y sigue reinando. Corrían los albores del Imperio. Quienes leen hoy historias de la Revolución francesa no sabrán jamás qué intervalos tan enormes ponía el pensamiento público entre los acontecimientos tan cercanos de entonces. La general necesidad de paz y sosiego, que todos sentían tras conmociones tan violentas, engendraba un olvido completo de los hechos anteriores más graves. Envejecía aprisa la Historia, constantemente madurada por nuevos y ardientes intereses. Así que nadie, salvo Michu, indagó el pasado de aquel asunto, que a todos pareció muy sencillo.

Marión, que a su tiempo comprara Gondreville en seiscientos mil francos en asignados, lo vendió en un millón de escudos; pero la única cantidad desembolsada por Malin fueron los derechos del Registro. Grévin, un camarada de pasantía de Malin, favoreció naturalmente aquel enjuague y el consejero de Estado se lo pagó haciendo que lo nombraran notario de Arcis. Luego que esa noticia llegó al pabellón, llevada por el colono de una granja sita entre el bosque y el parque, a la izquierda de la hermosa avenida, y llamada Grouage, púsose Michu pálido y salió; fue a acechar a Marión y acabó por encontrárselo solo en una alameda del parque.

—¿*Monsieur* vende Gondreville?

—Sí, Michu, sí. Tendrá usted de amo a un hombre poderoso. El consejero de Estado es amigo del Primer Cónsul

y está íntimamente relacionado con todos los ministros y lo protegerá a usted.

—Entonces, ¿se quedaba usted con la finca para usted?

—No digo tal cosa —replicó Marión—. No sabía en aquella fecha cómo colocar mi dinero y, para mi seguridad, lo invertí en bienes relacionados; pero ahora no me conviene seguir con las tierras pertenecientes a la casa en que mi padre...

—Sirvió de criado, de intendente —dijo con vehemencia Michu—. Pero usted no la venderá... La quiero yo y puedo pagarla.

—¿Tú?

—Sí, yo; en serio y en oro de ley, ochocientos mil francos...

—¿Ochocientos mil francos?... Pero ¿de dónde los has sacado? —exclamó Marión.

—Eso no le importa a usted —replicó Michu. Y luego, ablandándose, añadió en voz baja—: Mi suegro salvó a muchos.

—Pues llegas demasiado tarde, Michu; el asunto es ya cosa hecha.

—¡Pero usted lo aplazará, *monsieur!* —exclamó el administrador, cogiendo la mano a su amo y apretándosela como en un torno—. Yo soy odiado y quiero ser rico y poderoso: ¡necesito Gondreville! Y sepa usted que no le tengo apego a la vida y que o me vende usted la finca o le salto la tapa de los sesos...

—Pero, por lo menos, déjame tiempo para verme con Malin, que... no es nada acomodaticio...

—Le doy a usted veinticuatro horas. Y si dice usted una palabra de esto, a mí me da igual cortarle a usted la cabeza que cortar un rábano...

Aquella noche Marión y Malin dejaron el castillo. Marión tuvo miedo y dióle cuenta al consejero de Estado de aquel encuentro, diciéndole que no perdiera de vista al administrador. No podía Marión hacer otra cosa que devolverle

aquella tierra a quien de veras la pagara, y Michu no parecía hombre capaz de comprender ni dar por buena esa razón. Además, aquel servicio prestado por Marión a Malin debía de ser, y lo fue efectivamente, el origen de su suerte política y la de su hermano. Marión hizo nombrar, en 1806, al abogado Marión presidente primero de un tribunal imperial, y en cuanto se crearon los recaudadores generales consiguió la recaudación del Aube al hermano del abogado. El consejero de Estado díjole a Marión que continuase en París y dio parte de lo ocurrido al ministro, el cual sometió a vigilancia al guarda. Pero con objeto de no inducirlo a extremos y quizá para vigilarlo mejor, Malin dejó a Michu en su puesto, bajo la férula del notario de Arcis.

Desde entonces, Michu, cada día más taciturno y caviloso, cobró la reputación de hombre capaz de hacer cualquier fechoría. Malin, consejero de Estado, función que el Primer Cónsul casi equiparó a la de ministro, y uno de los redactores del Código, hacía un gran papel en París, donde había comprado uno de los más hermosos hoteles del faubourg Saint-Germain, luego de casarse con la hija única de Sibuelle, un opulento contratista bastante desacreditado, que le asignó de socio a Marión en la recaudación del Aube. De suerte que no había aportado más de una vez por Gondreville, delegando en Grévin todo lo relativo a sus intereses.

Finalmente, ¿qué tenía que temer el antiguo representante del Aube de un expresidente del club de los Jacobinos de Arcis? A todo esto, la burguesía compartió también el mal concepto en que a Michu tenían las clases bajas; y Marión, Grévin y Malin, sin dar explicaciones ni comprometerse, lo señalaron como a hombre excesivamente peligroso. Obligadas a vigilar al guarda por el ministro de la Policía general, no hicieron las autoridades nada por desvanecer esa creencia. Acabaron en la comarca asombrándose de que Michu siguiera en su puesto, aunque interpretaron esa concesión cual un efecto del terror que inspiraba.